

le haya hecho.—Perded cuidado, se hará tal como digais, contestó sir John, me precio de ser hombre muy exacto.—Pues bien, si muero, repitió Roland, apoyando la mano derecha en el hombro de su testigo como para imprimir mejor en su memoria el encargo que iba á hacerle, colocareis mi cadáver, vestido tal como estará, sin permitir que nadie lo toque, en un ataúd de plomo, que hareis cerrar en vuestra presencia; encerrareis luego este ataúd en una caja de madera que hareis igualmente clavar á vuestra vista; y lo remitireis todo á mi madre, si no preferís echarlo al Ródano, esto último lo dejo á vuestra elección.—Toda vez que he de llevar la carta, poco me costará, en tal caso, llevar tambien el ataúd.—Vamos, decididamente, milord, dijo Roland soltando una de sus extrañas carcajadas, sois un hombre apreciable, y no hay duda de que la Providencia os ha dirigido á mí. Marchemos, milord, marchemos.

Salieron los dos del cuarto de Roland. El de sir John estaba en el mismo corredor; aguardó por lo tanto que el inglés entrase en él para tomar las armas.

Después de algunos segundos salió con una caja de pistolas en la mano.

—Y cómo vamos á Vaucluse, milord? montados ó en carruaje?—En carruaje, me parece mejor, pues podrá servir al mismo tiempo por si habia algun herido; el mio aguarda á la puerta.—Creia que habiais mandado desenganchar?—Efectivamente lo habia mandado, pero he hécho avisar al postillon, dándole contraórden.

Bajaron ambos la escalera.

—Tom, Tom, dijo sir John al llegar á la puerta, donde estaba aguardando un criado con la severa librea de un groom inglés, encargaos de esta capita.—*I am going with my lord?* preguntó el criado.—*Yes!* contestó sir John.

Y enseñando á Roland el estribo del coche que el criado acababa de bajar:

—Subid, M. de Montrevell, le dijo.

Entró Roland en el coche, tendiéndose voluptuosamente.

—Vamos, decididamente, dijo, no hay como vosotros los ingleses para construir los coches de viaje; en el vuestro se está como en la cama. Sois capaces de mandar acolchar el ataúd antes de meteros en él!—Sí, no hay duda, contestó sir John, el pueblo inglés busca conciliar la elegancia con la comodidad; pero el francés es un pueblo mas curioso y mas agradable. Postillon, á Vaucluse.

IV.

El duelo.

Desde Aviñon solo podia irse en carruaje hasta Isla, recorriendo nuestros viajeros en una hora las tres leguas que separan ambas poblaciones.

Durante este tiempo, Roland, como si se hubiese propuesto distraer á su compañero de viaje de alguna desagradable idea, no cesó un momento de hablar con la mayor alegría y animación, pareciendo que cuanto mas se acercaban al lugar del combate, mas ostensible y cordial era su buen humor. Quien hubiese ignorado el motivo del viaje, habria estado muy distante de sospechar que aquel jóven, cuyos labios no descansaban un momento, y por los que vagaba continuamente la risa, estuviese expuesto á un peligro mortal.

Fué indispensable apearse en el pueblo de Isla, y despues de haberse informado, vieron que habian sido los primeros en llegar.

Tomaron por consiguiente poco á poco el camino que conduce á la fuente.

—Oh! oh! dijo Roland, ha de haber aquí un eco magnífico.

Para averiguarlo, dió uno ó dos gritos que reprodujo el eco con perfecta complacencia.

—Ah! por vida mia, dijo el jóven, hé aquí un eco maravilloso. No conozco mas que el de la Scinonnetta en Milan que se le pueda comparar. Escuchad, milord.

Y púsose, con una entonación que revelaba á la vez una voz admirable y un método excelente, á cantar un trozo, que parecia un cartel de desaffo que la música revolucionada presentaba á la garganta humana.

Sir John miraba y escuchaba á Roland con una admiración, que ningun esfuerzo hizo para disimular.

Cuando la última nota se hubo perdido en la cavidad de la montaña:

—Creo con toda mi alma, dijo sir John, que teneis el spleen.

Estremeciósese Roland y le miró como para interrogarle.

Peró viendo que sir John nó iba mas léjos:

—Y qué os lo hace creer? le preguntó.—Estais demasiado alegre para no hallaros profundamente triste.—Sí, y esta anomalfa os extraña?—Nada me extraña, cada cosa tiene su razon de ser.—Cabal; la dificultad está en saber el secreto de la cosa. Pues bien, voy á confiároslo.—Oh! advertid que no os lo he pedido.—Sois demasiado cortés para hacerlo; sin embargo, creed que me interesa que lo sepais.—Si es por vuestro interés, nada tengo que objetar.—Con una palabra os descifraré el enigma, palabra que nadie en el mundo ha oido de mi boca. Tal como me veis, y con todas las apariencias de una perfecta salud, estoy atacado de un aneurisma que me hace sufrir terriblemente. A cada instante espasmos, convulsiones y desmayos, que avergozarian hasta á una mujer. Paso mi vida tomando ridículas precauciones, y á pesar de todo, Larrey me ha prevenido que me resigne á desaparecer de este mundo de un momento á otro, pues á lo mejor, el mas ligero esfuerzo que haga es bastante á romper la arteria lisiada. Juzgad cuán divertido es esto para un militar! Ahora comprendereis por qué, desde que estoy enterado de mi situación, he resuelto hacerme matar con todo el

ruido posible. Lo he procurado de mil maneras. Otro mas afortunado lo habria conseguido ya cien veces; pero yo, ah! vamos, estoy hechizado: ni las balas de fusil ni de cañon me quieren; y los sables parece que temen tocar mi piel. No desperdicio ocasion alguna que se presente; podeis conocerlo por lo que ha pasado en la mesa. Pues bien, ahora nos batiremos, no es verdad? Voy á portarme como un loco, concediendo todas las ventajas á mi adversario, pero ni por esas: disparará á quince pasos, á diez, á cinco, á quema ropa, y con todo no me tocará, ó no saldrá el tiro; pero en cambio, el mejor dia, al inclinarme para calzarme las botas, allí me quedo! Pero silencio, ahí viene mi contendiente.

En efecto, por el mismo camino que habian seguido Roland y sir John, entre la escabrosidad del terreno y las sinuosidades de las rocas, veíanse asomar tres personas, que iban distinguiéndose mejor á medida que se acercaban.

Roland las contó.

—Tres! por qué tres, dijo, cuando nosotros no somos mas que dos?—Ah! lo habia olvidado, contestó el inglés: M. de Barjols ha pedido en interés de ambos, llevar consigo un cirujano amigo suyo.—Con qué objeto? preguntó Roland con tono casi brusco y frunciendo el entrecejo.—En el caso de que quedase herido alguno de los dos, una sangría practicada á tiempo puede salvar la vida de un hombre.—Sir John, repuso Roland con expresion casi feroz, á la verdad no comprendo tales precauciones tratándose de un duelo. Cuando

uno se bate es para hacerse matar. Que se hagan antes toda clase de cumplimientos como se hicieron vuestros antecesores y los míos en Fontenoy, perfectamente; pero una vez salida la espada de la vaina ó cargadas las pistolas, es indispensable que la vida de un hombre pague el trabajo que se ha tenido y los latidos del corazon que se han perdido. En cuanto á mí, bajo vuestra palabra de honor, sir John, exijo una cosa: que, muerto ó herido, el cirujano de M. de Barjols no me toque.—Sin embargo, M. Roland...—Oh! no: herrar ó quitar el banco: vuestra palabra de honor, milord, ó sino, por quien soy, que no me bato.

Miró el inglés al jóven con inexplicable sorpresa. Su rostro se habia vuelto lívido, todos sus miembros se hallaban agitados por un movimiento tembloroso, que podia equivocarse con el terror.

Sin llegar á comprender sir John aquella extraña impresion, dió la palabra que se le pedia.

—Enhorabuena, dijo Roland, hé aquí otro de los efectos de esta terrible enfermedad; á la idea de un estuche abierto, ó á la vista de un bisturí ó de una lanceta, me siento malo. Habré palidecido, no es verdad?—Tanto que he llegado á figurarme que ibais á desmayaros.

Roland soltó una de sus carcajadas.

—Ah! vaya una vista mas interesante, dijo, si al llegar nuestros adversarios os hubiesen encontrado haciéndome respirar un pomito de sales, como una señorita á quien da un

síncope. Sabeis lo que habrían dicho y lo que vos habríais también pensado? que tenía miedo.

Iban adelantando entretanto los recién llegados y se hallaban ya á tan corta distancia, que sir John no pudo contestar á Roland.

Saludaron al llegar, contestando Roland á su saludo con la sonrisa en los labios, que descubrían sus hermosos dientes.

Acercándosele sir John al oído :

— Estais aun muy pálido, le dijo: id á dar una vuelta por la fuente; yo vendré á buscaros cuando sea la ocasion.—Ah! es una magnífica idea, contestó Roland; tiempo hace que tengo deseos de ver esta famosa fuente de Vaucluse, Hippocrène del Petrarca. Habeis leído su soneto?

Chiare, fresche e dolci acque

Ove le belle membra

Pose colei, che sola a me perdona.

Y si dejase perder esta ocasion, quizás no se me presentaría otra igual. Dónde está la fuente?—Ahí á treinta pasos, seguid el camino y la encontrareis á la derecha, al pié de ese enorme peñasco, cuya cima se descubre desde aquí.—Gracias, milord, sois el mejor *cicerone* que he conocido.

Y haciendo á su testigo una señal amistosa con la mano, encaminóse hácia la fuente, cantando la hermosa pastorella de Du Bellay :

Ya que, ingrata, un momento de ausencia

De tu pecho mi amor ha borrado,

No te asombre el verme engañado,

A otro dueño mi afecto rendir :

Nunca mas logrará cautivar-me

Tu beldad, inconstante pastora ;

Solo falta veamos ahora

Quién primero lo llega á sentir.

Volvióse sir John al oír aquella voz fresca y tierna á la vez, que en los puntos agudos tenía algo de femenino : su espíritu metódico y frio, incapaz de comprender aquella naturaleza violenta y nerviosa, presentaba únicamente á sus ojos una de las mas extrañas organizaciones que hubiese podido observar.

Aguardábanle los dos jóvenes, manteniéndose el cirujano á alguna distancia.

Sir John tomó la caja de las pistolas, y la colocó sobre una roca plana que tenía la forma de una mesa, y sacando de su bolsillo una llavecita, que mejor parecia trabajada por un platero que por un cerrajero, la abrió.

Las armas eran magníficas, aunque sumamente sencillas; habian salido de los talleres de Menton, abuelo del que hoy es aun conocido como uno de los mejores armeros de Londres. Diólas á examinar al testigo de M. de Barjols, quien dejólas otra vez en la caja, satisfecho que estuvo de su exámen.

M. de Barjols echó sobre ellas una mirada sin tocarlas.

— Nuestro adversario conoce vuestras armas? preguntó M. de Valensolle.—Ni siquiera las ha visto, contestó sir John; os lo aseguro bajo mi palabra de honor.—Oh! dijo M. de Valensolle, bastaba una simple denegacion.

Repitieronse, á fin de evitar cualquiera mala inteligencia, las condiciones del combate previamente convenidas; y luego, no queriendo perder tiempo en preparativos inútiles, cargáronse las pistolas, metieronse de nuevo en la caja que fué confiada al cirujano, y poniendo sir John la llave en el bolsillo, fué á buscar á Roland.

Encontróle conversando con un pastorcillo que apacentaba tres cabras al pié de la montaña, entreteniéndose en tirar piedras al estanque.

Iba sir John á abrir la boca para decir á Roland que todo estaba dispuesto; pero sin darle este tiempo de hablar:

— Sabeis lo que me estaba contando este niño, milord? una verdadera leyenda de las márgenes del Rhin. Me decia que ese estanque, sin fondo, se extiende dos ó tres leguas dentro las entrañas de la tierra, y sirve de residencia á una hada, mitad mujer, mitad serpiente, que, en las noches serenas y apacibles de verano, sale á la superficie del agua, llamando á los pastores de las cercanías, á quienes por supuesto presenta tan solo su cabeza con larga cabellera, sus hombros desnudos y sus hermosos brazos; pero los imbéciles, seducidos por esta apariencia de mujer, se acercan haciéndola señal de que adelante, mientras el hada por su

parte les llama para que se aproximen á ella. Adelantan los imprudentes sin mirar dónde ponen los piés; de repente les falta la tierra, extiende hácia ellos sus brazos el hada, les arrastra á sus húmedas posesiones, y al dia siguiente vuelve á aparecer sola. Quién diablos ha enseñado á estos idiotas el mismo cuento, que en tan preciosos versos refiere Virgilio á Augusto y á Mecenas?

Permaneció pensativo un rato, fijos los ojos en aquella inmensa y trasparente profundidad; volviéndose despues á sir John.

— Dicen que jamás nadador alguno, por vigoroso que fuese, ha vuelto á salir á la superficie, despues de haberse sumergido en ese estanque; si yo lo probase, milord, quizás seria esto mas seguro que la bala de M. de Barjols. Bien que siempre queda este último recurso; por de pronto ensayemos la bala. Vamos, milord, vamos.

Y tomando el brazo del inglés, admirado de aquella movilidad de espíritu, dirigiéronse ambos á reunirse con los que les estaban aguardando.

Estos, por su parte, ocupados entretanto en buscar un sitio á propósito, lo habian por fin encontrado.

Era una pequeña llanura, atrevidamente practicada en la escarpada pendiente de la montaña, como para observar el astro del dia al ocultarse á la vista de los hombres; único vestigio de una especie de castillo arruinado donde corrían á guarecerse los pastores sorprendidos por la tempestad.

Aquel espacio, pues, de unos cincuenta pasos de largo por veinte de ancho, que seria antes la plataforma del castillo, iba á ser teatro de un drama que se acercaba ya á su desenlace.

—Hémos aquí, caballeros, dijo sir John.—Estamos prontos, contestó M. de Valensolle.—Enteremos antes á los combatientes de las condiciones del duelo, añadió sir John.

Dirigiéndose despues á M. de Valensolle :
—Referidlas vos, caballero, sois francés y yo extranjero, os comprenderán por consiguiente mejor.—Sois de aquellos extranjeros, milord, que enseñaríais la lengua francesa á unos ignorantes de provincia como nosotros; pero ya que teneis la atencion de cederme la palabra, no quiero contradeciros.

Saludó al mismo tiempo á sir John, que contestó cortesmente á su saludo.

—Caballeros, prosiguió el jóven que servia de testigo á M. de Barjols, se ha dispuesto que os coloqu coasta á cuarenta pasos, marchando el uno hácia el otro; que cada cual desapare cuando quiera, y herido ó no, tendrá la libertad de adelantar despues del tiro de su adversario.

Inclináronse los dos combatientes en señal de asentimiento, y á una voz y casi al mismo tiempo, dijeron :

—Las armas!

Sir John, sacando la llave de su bolsillo, abrió la caja.

Dirigióse luego á M. de Barjols, presentándosela abierta.

Quería este ceder á su adversario la preferencia; pero rehusóla Roland, diciendo con dulzura:

—Despues de vos, M. de Barjols; sé que, sin embargo de ser el insultado, habeis renunciado á todas las ventajas; es lo menos que puedo hacer dejaros esta, suponiendo que lo sea.

M. de Barjols no insistió y tomó al acaso una de las pistolas.

Presentó sir John la otra á Roland, quien se limitó á montarla, sin ni siquiera examinar el mecanismo dejando caer el brazo luego de tenerla empuñada.

Durante este tiempo M. de Valensolle midió los cuarenta pasos, plantando una caña á cada extremo.

—Quereis medirlos vos, caballero? preguntó despues á sir John.

—Es inútil, contestó este; M. de Montrevel y yo tenemos completa confianza en vos.

—Señores, dijo en seguida, cuando gustéis.

El adversario de Roland se hallaba ya en su puesto, despues de haberse quitado el sombrero y la levita.

El cirujano y los dos testigos se habian colocado á una conveniente distancia.

Habia sido tan bien elegido el sitio, que ninguno tenia sobre su enemigo la menor ventaja.

Quitóse Roland el frac y el sombrero y fué á colocarse á cuarenta pasos frente de M. de Barjols.

Ambos, el uno á la derecha y á la izquierda el otro, dirigieron una mirada al mismo horizonte.

El sitio se hallaba en armonía con la terrible solemnidad de la escena que iba á tener lugar.

Nada se veía á la derecha de Roland, ni á la izquierda de M. de Barjols: levantábase muda la montaña, con su rápida pendiente y gigantesca elevacion.

Pero por el lado opuesto, esto es, á la derecha de M. de Barjols y á la izquierda de Roland, ya era otra cosa.

El horizonte era infinito.

Descubríase en primer término una llanura de terrenos rojizos, en los que se veían, diseminadas acá y acullá, las puntas de las rocas, pareciendo un cementerio de Titanes, cuyos huesos mal sepultados se esforzaban en salir de nuevo á la vida.

Dibujábase en segundo término, á la luz del sol que adelantaba hácia su ocaso, Aviñon, con su cinturón de murallas y suntuosos palacios, á manera de un león agachado, teniendo á la ciudad espirante entre sus garras.

Mas allá de Aviñon, una línea luminosa como un río de oro fundido descubria la presencia del Ródano.

Al otro lado de aquella fulgurosa corriente divisábase, como una oscura línea azulada, la cordillera de montañas que separa á Aviñon de Nimes y Uzes.

En el fondo, el sol, que uno de aquellos dos hombres miraban probablemente por la vez postrera, ocultábase lenta y

majestuosamente en un océano de oro y de púrpura.

Por lo demás formaban estos dos hombres un extraño contraste.

El uno, con sus negros cabellos, trigueña tez, delicados miembros y sombría mirada, era el tipo de aquella raza meridional, que cuenta entre sus antecesores á los griegos, romanos, árabes y españoles.

El otro, con sus rosadas mejillas, rubia cabellera, grandes ojos azules y finas manos como las de una mujer, era el tipo de aquella raza de los países templados, que cuenta entre sus ascendientes á los galos, germanos y normandos.

Engrandeciendo un poco aquella situacion, era fácil llegar á creer que se trataba de algo mas que de un singular combate entre dos hombres.

Habria podido llegar á suponerse que se estaba preparando un duelo de un pueblo contra otro pueblo, de una raza contra otra raza, del Mediodía contra el Norte.

Eran las ideas que acabamos de mencionar las que ocupaban el espíritu de Roland, sumergiéndole en una melancólica movilidad?

Es poco probable.

No es empero menos cierto que por un instante pareció olvidar testigos, duelo y adversario, abismado en la contemplacion de aquel espléndido espectáculo.

La voz de M. de Barjols vino á sacarle de su poética distraccion.

— Cuando esteis pronto, caballero, le dijo, yo lo estoy. Roland se estremeció.

— Dispensad el haberos hecho aguardar, caballero, le dijo; pero no hagais caso, soy muy distraido: ya estoy.

Y con la sonrisa en los labios, agitados sus cabellos por el viento, sin inmutarse, como si hubiese ido á dar un paseo, mientras que por su parte tomaba su adversario todas las precauciones propias del caso, marchó Roland derecho hácia M. de Barjols.

La fisonomía de sir John, no obstante su ordinaria impassibilidad, revelaba una profunda inquietud.

La distancia iba disminuyendo rápidamente entre los dos adversarios.

M. de Barjols se detuvo el primero, apuntó, y salió el tiro cuando Roland se hallaba á solos diez pasos de él.

La bala de su pistola levantó un rizo de los cabellos de Roland, pero sin tocarle en lo más mínimo.

Volvióse el jóven á su testigo y le dijo:

— Ya veis! qué os habia dicho?—Tirad, caballero, tirad, dijeron los testigos.

M. de Barjols permanecía mudo é inmóvil en su puesto.

— Perdonad, caballero, contestó Roland; pero espero me permitireis que sea yo quien decida el momento y la manera de contestar. Despues de haber sufrido el tiro de M. de Barjols, tengo que decirle algunas palabras, que no podia decirle antes.

Volviéndose luego hácia el jóven aristócrata, pálido, bien que tranquilo:

— Caballero, le dijo, tal vez he sido demasiado vivo en nuestra disputa de esta mañana.

Y aguardó.

— A vos os toca disparar, caballero, contestó M. de Barjols.

— Pero, prosiguió Roland como si no lo hubiese oido, vais á saber la causa de mi vivacidad, y aun quizás á excusarla. Soy militar y ayudante de campo del general Bonaparte.—Tirad, caballero, repitió el jóven noble.—Decid una sola palabra de retractacion, repuso el jóven oficial; declarad que la reputacion de honor y delicadeza del general Bonaparte es tal, que un malhadado proverbio, debido al mal humor de los vencidos, no puede de modo alguno mancillarla; decid esto, y arrojó léjos de mí esta arma y vengo á estrecharos la mano; porque, lo reconozco, caballero, sois un valiente.—No rendiré homenaje á la reputacion de honor y delicadeza de que hablais, caballero, hasta que vuestro general en jefe emplee la influencia que le ha dado su genio en los asuntos de la Francia, para hacer lo que ha hecho Monck, es decir, sentar en el trono á su legítimo rey.—Ah! dijo Roland sonriendo, esto es demasiado pedir á un general republicano.—Entonces sostengo lo que he dicho, contestó el jóven noble; tirad, caballero, tirad.

Y como Roland no se apresurase á hacerlo:

— Cielo y tierra! tirad pues! dijo con desesperacion.

A estas palabras hizo Roland un movimiento, indicando que iba á disparar al aire.

— Ah! exclamó M. de Barjols, no dispareis al aire, por Dios! sino exigiré que vuelva á empezar el combate, siendo vos el primero en tirar.—Por mi honor! exclamó Roland, palideciendo como si hubiese perdido toda su sangre, es la primera vez que tantos miramientos tengo con un hombre, sea quien fuere. Idos al diablo! Ya que no quereis la vida, tomad la muerte!

Y al mismo tiempo, sin tomarse el trabajo de apuntar, extendió el brazo y disparó.

Alfredo de Barjols llevó la mano á su pecho, bamboleó un instante, y girando sobre sí mismo, cayó de cara al suelo.

La bala de Roland le habia atravesado el corazon.

Sir John, al ver caer á M. de Barjols, acercóse á Roland, llevándole hácia el sitio donde habia dejado su frac y su sombrero.

— Es el tercero, murmuró Roland con un suspiro; pero á lo menos vos sois testigo de que este lo ha querido.

Y entregando á sir John su pistola aun humeante, volvióse á poner el frac y el sombrero.

Durante este tiempo, M. de Valensolle recogió la pistola escapada de la mano de su amigo, y la volvió con la caja á sir John.

— Y bien? preguntó el inglés dirigiendo su mirada á

Alfredo de Barjols.—Es muerto! contestó el testigo.—Me he portado como hombre de honor, caballero? preguntó Roland, enjugando con su pañuelo el sudor que, á la noticia de la muerte de su adversario, inundó súbitamente su rostro.—Sí, caballero, contestó Valensolle, únicamente permitid que os diga: teneis una mano desgraciada.

Y saludando á Roland y á su testigo con extremada finura, volvió junto al cadáver de su amigo.

— Y vos, milord, añadió Roland, qué decís?—Digo, contestó sir John con una especie de admiracion forzada, que sois de aquellos hombres á quienes el divino Shakspeare ha hecho decir de sí mismo:

«El peligro y yo somos dos leones nacidos el mismo dia, pero yo soy el primogénito.»

V.

Roland.

El regreso fué mudo y triste; no parecia sino que al ver desvanecerse los peligros de muerte, habia perdido Roland toda su alegría.

Alguna parte podia tener en aquel silencio la catástrofe de que acababa de ser Roland autor; sin embargo, apresuré-